

**Daniel Sarasola**

Lola Fernández de Sevilla es una madrileña nacida en la década de los ochenta del siglo pasado. Pero ella es una mujer muy de este siglo XXI, polifacética, con muchos intereses, luchadora y trabajadora infatigable en lo que le divierte. Es doctora en Filosofía y ha cursado Dramaturgia en la RESAD.

La recuerdo siempre puntual, rigurosa y metódica en la ejecución de los trabajos, aplicando la metodología que se le pedía de forma impecable. Absorbiéndolo todo con curiosidad innata, aunque algunos planteamientos le causaran perplejidad. Y sonriente. Siempre con una sonrisa para lanzarse a lo que sea.

En la actualidad es una escritora que cultiva géneros diferentes: la narrativa, como *Cosas que hace Lucía* del 2012 o *El señor de las especias y otros relatos* de 2017; el teatro, como *Tubérculos* del 2013; *La tormenta* del 2014; */Desayuno/*, del 2015 o piezas dramáticas como *Leonor debe morir* y *Ballerina*, que ella misma ha puesto en escena.

El ensayo tampoco se le resiste, así *Ogros, espinacas y demás... Cómo contar lo terrible a niñas y niños en el teatro*, ganó el Premio Juan Cervera 2018. Desde 2008 escribe el blog [lamujer-que.blogspot.com](http://lamujer-que.blogspot.com). Le gusta la investigación y enseñar a los demás a encontrar su propia voz en la escritura, labor que desempeña como coordinadora de Helvéticas, escuela de Escritura.

En 2019 ha obtenido la residencia artística de autoría teatral de la FIET (Fira de Teatre Infantil i Juvenil de les Illes Balears) y ha ganado el Premio de Teatro Infantil de la Escuela Navarra de Teatro, con el texto *Irse de casa –Mapa-Poema para niñas que se portan mal–* (estrenado en Pamplona las últimas navidades y que será publicado esta primavera por *Primer Acto*). Por toda su trayectoria y para celebrar este premio está hoy, aquí, con nosotros.

Lola Fernández de Sevilla y la magia de la rebeldía contra lo cotidiano

**Daniel Sarasola**

*Irse de casa* es un poema dramático que está concebido como un juego para niñas que se portan mal. El juego es cíclico, se repite como un ritual al anochecer a la hora de la cena frente a un plato de sopa. Un mayor y una mayor, que pueden ser cualquier adulto o adulta, encarnan la norma de lo correcto permitido a un niño o a una niña y vigilan y dan órdenes para que la protagonista haga lo que se espera de ella, que es tomarse la sopa e irse a la cama sin rechistar: la única manera de portarse bien que se contempla.

Una narración en segunda persona del singular entrelaza los diálogos de los dos adultos. Este espacio del tú protagonista acoge por igual a la autora y a la niña imaginaria, que se identifican con el lector y con el público, instándolos a actuar a contracorriente y a contra norma en una dimensión de rebeldía lúdica que se contagia de lo onírico y de lo surreal, aunque termine siempre estrellándose contra los bordes de lo posible y de la realidad cotidiana impuesta por los mayores.

El tú protagonista que nos engloba, despertando a nuestro niño interior, evoluciona por el espacio físico conocido para descubrir otros espacios insospechados contenidos en él o en el exterior del Hogar cárcel.

Como una variación musical, la pieza juega con la repetición del mismo patrón situacional hasta seis veces, que son cinco cucharadas de sopa y un vuelco del plato final, acaecidos en seis noches, cada una de ellas repite la estructura de la anterior, pero con modificaciones matizadas y cambios flagrantes en las escapadas que ese constructo formado por Nosotros-La Protagonista plantea por diferentes ámbitos.

La huida hacia el exterior por las calles de la gran ciudad hasta adentrarse en patinete en lo profundo del parque, en la primera cucharada, el juego de equilibrista desde el alféizar de la ventana hasta columpiarse en las cuerdas del colgador de la ropa para aterrizar en el patio, en la segunda, colarse por el desagüe del fregadero de la cocina – que desemboca en un río que muere en el mar – en la tercera, subir por el hueco de la chimenea hasta el espacio sideral, en la cuarta, o sumergirse en el propio plato de sopa, en la quinta, hasta el vuelco final – que baña de sopa los rostros perplejos de los mayores – para escapar hacia una puerta de la calle que tal vez esté abierta.

Lola Fernández de Sevilla es una escritora que sabe conjugar simbolismo y cotidianidad, realidad y los sueños ilusorios que sobre ella se deslizan.

No en vano ahora está aprendiendo además a pintar y a no hacer demasiadas cosas al mismo tiempo.